

*Para Ernesto y Gala, devoradora de manzanas,  
maestra de vuelos imaginarios.*

Martha Riva Palacio

*A mis padres, Antonio y Pilar.*

Eva Sánchez

Cascarón arriba, el cielo

Cascarón abajo, el mundo.





# Cuervo arcoíris

*Nación Lenni Lenape (Estados Unidos-Canadá)*



EN EL COMIENZO, FUE UN CASCARÓN VACÍO: AGUA, TIERRA, ARAÑA, tortuga, día, coyote, cuervo, noche, poco a poco la nada se fue llenando. Cayó la primera lluvia blanca y los habitantes del mundo recién creado se dejaron cubrir por ella gustosos. La consideraron una bendición de Quien-crea-pensando-lo-que-será. Pero esta lluvia helada, dura, siguió cayendo y cayendo hasta ahogar el verde de las praderas y los bosques. El océano se petrificó y los peces quedaron atrapados bajo placas gigantescas de lo que más adelante se conocería como hielo. El frío era tan intenso que no se quitaba ni con la luz del sol. La nieve, como llamaron a la lluvia blanca, era hermosa pero terrible.





Titiritando, los seres de la Tierra se reunieron en un círculo para decidir qué hacer con este regalo que estaba convirtiéndose rápidamente en una maldición. Discutieron casi toda la noche sin encontrar una solución hasta que, finalmente, casi al amanecer, Lechuza sugirió que alguno de ellos fuera al cielo para pedirle a Quien-crea-pensando-lo-que-será que desapareciera la lluvia blanca.

—Tortuga es fuerte y decidida, que vaya ella —sugirió Coyote.

—Mis piernas son cortas y camino lento, tardaría demasiado en llegar —repuso Tortuga.

—Entonces que vaya Cuervo —terció Araña.

Todos estuvieron de acuerdo. Cuervo, con su voz melodiosa y su plumaje de todos los colores del arcoíris, era el indicado para llevar su mensaje hasta la morada de las cosas divinas que se piensan a sí mismas.

El viaje duró tres días y tres noches.

Cuervo voló y voló elevándose más allá del aire. Voló hasta que el mundo recién creado se convirtió en un punto azul con blanco.

La casa de Quien-crea-pensando-lo-que-será se encontraba en una cueva entre la luna y el sol; en su morada, siempre era de día y de noche al mismo tiempo. Cuervo se posó en el crepúsculo y picoteó tres veces en el marco de la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar y tampoco tuvo éxito en esta ocasión. La mente de Quien-crea-pensando-lo-que-será estaba repleta de estrellas y no podía notar lo que sucedía afuera. Armándose de valor, Cuervo decidió cantar sobre todo lo que había visto en su viaje hacia la morada de las cosas divinas que se piensan a sí mismas. Su canto fue tan poderoso que consiguió sacar a Quien-crea-pensando-lo-que-será de su ensimismamiento. Dejó de pensar en un cúmulo de galaxias a la orilla del universo y escuchó al ave que lo llamaba con una voz prodigiosa desde la entrada de su casa. ¿En qué momento había pensado en una criatura tan hermosa como aquélla?

—Espíritu, me mandan todas las criaturas que has pensado. Estamos muriéndonos a causa del frío, te suplicamos que desaparezcas la nieve del mundo —imploró Cuervo al final de su canción.

—No puedo desaparecer la nieve, Cuervo —se lamentó Quien-crea-pensando-lo-que-será.

—¿Por qué no? —replicó el ave.

—Porque ya pensé en ella. Si te pidiera a ti que no pensaras en la nieve, ¿podrías hacerlo?

—No, pero... ¿por qué pensaste entonces en ella?

—Me pareció hermosa, la forma en que brilla cuando le da la luz del sol, los copos que nunca son iguales entre sí...

—Pero es demasiado fría, ¡olvídala, por favor!

—Para olvidarla tendría que olvidar también que ustedes existen y que hay un mundo en el que la nieve es posible. Tendría que pensar en un cascarón vacío y hacer que brote de él algo nuevo, ¿realmente quieres eso?

—¡No! —exclamó Cuervo dándose cuenta de lo peligroso que podía ser proponerle ideas a una deidad capaz de crear y destruir universos enteros con sólo pensarlo. Después de darle vueltas al asunto por un largo rato, sugirió—: ¿Y si piensas en algo más, en algo que no desaparezca la nieve pero que sí nos quite el frío?

—Eso sí lo podría hacer.

Quien-crea-pensando-lo-que-será sacó una vara del aire y encendió uno de sus extremos con el sol.

—Llévala antes de que se apague —ordenó a Cuervo, que tomó la vara encendida con el pico y voló de vuelta al mundo.

Tres días duró también el viaje de regreso.

La vara pesaba mucho y el fuego —como aprenderíamos a llamarlo— chisporroteó chamuscando el plumaje del ave. Pero Cuervo no soltó la antorcha, ni siquiera cuando el humo comenzó a escocerle la garganta. A pesar del ardor y con el pico a punto de quemarse, siguió volando.

Cuando las demás criaturas del mundo recién creado vieron el fuego, bailaron jubilosas alrededor suyo. ¿Qué importaba que hubiera nieve?! Nunca más tendrían frío. Nadie se acordó ya de Cuervo que, maltrecho, se refugió en un árbol.

—¡Caw! —le graznó a la luna nueva.

En la morada de las cosas divinas, Quien-crea-pensando-lo-que-será escuchó la voz rasposa que lo llamaba y pensó una vez más en Cuervo. Las plumas quemadas del ave adquirieron un tono negro tornasolado tan intenso que por momentos parecía que había un arcoíris en cada una de ellas.

Así nadie olvidaría nunca quién trajo el fuego al mundo.